

EL ARCA

Semanario religioso, social, literario y de intereses generales

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Editor - Administrador: J. Ismael Cordero

Se publica los sábados La suscripción por serie de 12 números vale 75céntimos El número suelto vale 10 céntimos

AÑO I

HEREDIA, COSTA RICA, SABADO 2 DE ENERO DE 1915.

Nº 30

El año que se va y el año que viene.

Nada hay estable y duradero debajo del cielo. Todo pasa, todo se desvanece, todo termina. "Cada cosa tiene su tiempo,—dijo el sabio Salomón—y todo lo que existe pasa en el término que se le ha prescrito". Desde un principio señaló Dios a cada cosa y a cada criatura el tiempo en que ha de empezar, que ha de durar y en que ha de concluir.

El Supremo Hacedor obra por medio de la naturaleza y la gobierna según las propias leyes que El mismo le impuso. Solo El, por consiguiente, puede suspender, alterar o modificar el curso ordinario de las causas naturales.

En esas leyes infalibles están prescritos los instantes de nacer como los de morir; los tiempos de plantar y de arrancar lo plantado; la época de llorar y la época de reír; la de ganar y la de perder; las ocasiones de amar y las de odiar; de hablar y de callar; tiempos de guerra y tiempos de paz, etc., etc." Todo tiene su tiempo; todo pasa por el minuto imprescindible que señala el inflexible dedo de Dios.

Tal ha tenido que ser el año que muere y tal será el año que nace. Terminó aquel y principia éste con sus nacimientos y sus muertes, sus ayes de dolor y sus gritos de alegría, sus lutos y sus placeres, sus ganancias y sus pérdidas.... Aquel nos trajo inmensas calamidades, derrame de la sangre de hermanos, las consecuencias del conflicto europeo; puede ser que este año que se inicia nos devuelva el bienestar, imponga la paz y la tranquilidad del viejo continente. Al menos este es el deseo que palpita en el corazón de las naciones que contemplan el desastre.

Sabemos qué ha sido, sabemos qué ha producido el 1914, mas no sabemos qué nos trae el 1915. El pasado fué nuestro, ya no lo es; el

porvenir no nos pertenece; acaso será nuestro el presente momento, el instante en que respiramos, hablamos, pensamos u obramos. Este brevísimo instante que es como el imperceptible átomo de nuestra existencia, está probándonos evidentemente cuanto somos y cuanto valemos delante del Supremo Juez de la eternidad.

Es preciso comprender nuestra pequeñez y reflexionar cuánto mayor esfuerzo debe hacer la razón humana para negar a Dios que para reconocerlo, ya que—como dice profundamente Tertuliano—toda alma es naturalmente cristiana siendo más obvio al hombre el conocer a su Dios que ignorar su existencia. Porque ¿quién viendo la armoniosa máquina del universo, no pensará que, así como no hay reloj sin relojero, tampoco puede haber criatura sin Criador? ¿Quién podrá contemplar en una noche plácida y serena esa infinidad de astros brillantes sin admirar y venerar la grandeza del poder de Dios en ese inmenso firmamento estrellado? ¿Quién no comprenderá fácilmente que aquel mismo Artífice que forma el cuerpo del niño en las entrañas de la madre, es el Criador de los primeros hombres; que aquel que labra el pollito dentro de la cáscara del huevo es el Hacedor de los primeros animales y que aquel que hace germinar las semillas en nuestros campos es el Autor de las primeras plantas? ¿Quién, en fin, no ve que en todo lo que nos rodea está viviendo una sapientísima fuerza invisible que imprime sus leyes con caracteres manifiestos? No nos hallamos, por cierto, solos y desamparados en el destierro de este mundo, y aunque habitamos una tierra maldita y nos encontramos sujetos a la corrupción y a la muerte, no por eso estamos abandona-

dos, ni deshonrados, ni faltos de esperanza. Tenemos un Padre en los cielos, de cuya infinita nobleza podemos gloriarnos, con cuyo amor podemos regalarnos y de cuya inflexible gloria podemos gozar eternamente.

Ese gran Padre Celestial que ordena y dirige a su voluntad todo cuanto existe en los cielos y en la tierra ha permitido que viviésemos este año pasado y que llegáramos a ver la entrada de un año nuevo que cuántos ¡ay! cuántos no pudieron ver. Estando, pues, invariablemente sujetos a lo que El mande, ele-

vemos nuestras plegarias al cielo a fin de que aplaque la angustiosa situación porque atraviesa el mundo; y de que, si no somos dignos de su gracia, nos dé fuerzas para resistir su castigo conformes con su voluntad suprema, ya que todo está en el gran poder de su mano.

EL ARCA aprovecha esta ocasión para enviar un cariñoso saludo a sus amables suscritores y favorecedores y especialmente lo envía muy respetuoso a los señores Excelentísimo Delegado Apostólico e Ilustrísimo Señor Obispo de esta Diócesis.

La degollación de los Inocentes

Fiesta el 28 de diciembre

HERODES EL VERDUGO

Tan pronto como este príncipe impío supo el nacimiento de Cristo y los milagros que habían rodeado la cuna del Recién Nacido, temió ver en él un competidor y resolvió matarle. Pero como no podía reconocerle entre los demás, en medio de su extrema brutalidad, hace degollar a los Inocentes.

Dejemos a un Santo el cuidado de narrar cómo se llevó a cabo el cruel degüello:

"Herodes llamó a los guardias de su palacio y les dijo: "Habéis oído hablar de ese Recién Nacido. Ya se dice por lo bajo que es el verdadero Rey de Israel; tengo miedo de que un día se rebele el pueblo contra mi persona y contra vosotros y se apodere de nuestro puesto".

El malvado rey y sus malvados ministros dijeron unánimemente: "¡Muera ese fantasma de soberano!" Herodes repuso: "No sé a punto fijo dónde está; pero sé que ha nacido en Belén; por consiguiente está en dicha población o en los alrededores. Creo pues que es preciso matar a todos los niños de la comarca". Los ministros

respondieron: "Habéis pensado muy bien; pero es necesario que los padres no se enteren de nuestro proyecto, porque ocultarían a sus pequeños. —Sí, dijo Herodes, hay que tener oculto nuestro plan y degollar a todos los niños el mismo día y a la misma hora.—Busquemos a hora un pretexto que nos permita reunir a las víctimas sin despertar sospechas, añadió un consejero.—No se me ocurre más que el siguiente, repuso el tirano: El emperador Augusto acaba de ordenar el censo de todos sus súbditos y ha exigido que cada uno pague un derecho al fisco; a mi vez diré que quiero saber el número de niños varones nacidos recientemente en el país y añadiré, para engañar a las madres, que se dará una recompensa a todas las que presenten a sus hijos".

Publicóse en Belén y los alrededores, a voz de pregón, por orden del rey, que debían reunirse todos los niños en la plaza pública, en un día y hora determinados.

Seducidas por las promesas del mentiroso príncipe acudieron las madres en tro-

pel con sus hijos; las que no pudieron hacerlo por sí mismas, enviaron a sus pequeñuelos en brazos de sus nodrizas. Ahora bien los soldados de Herodes cercaron la plaza de manera que no pudiera escaparse nadie. A una señal de sus jefes se precipitaron sobre la inocente multitud e hicieron una horrible matanza. Ni una sola de aquellas tiernas víctimas abrió la boca para quejarse. El cordero tampoco se queja cuando lo degüellan. Pero ¿quién podrá describir los gritos y la desolación de las ovejas, es decir, de las madres? San Agustín ha trazado un cuadro conmovedor de la escena.

"Se han oído gritos en Roma; eran lamentaciones y gemidos numerosos; las madre se arrancaban sus cabellos, puesto que perdían el ornamento de su cabeza. Querían ocultar a sus pequeñuelos pero las tiernas criaturas se denunciaban a sí mismas. No sabían callarse porque no habían aprendido aún a tener miedo. Aquello era un combate terrible entre el verdugo que se apoderaba violentamente de su presa y la madre que se esforzaba por defenderla. Una madre gritaba: "¿Verdugo, por qué me dejas ir enteramente sola? Si hay un crimen que castigar yo sola lo he cometido. Si no persigues ningún crimen, danos la muerte a los dos juntos y libra a la madre de sus angustias.

"Otra voz apostrofaba a los crueles satélites: "¿A quién buscáis? No perseguís más que a un niño y asesináis a una multitud de ellos; sin embargo no podéis tocar a quien buscáis. Había madres que suplicaban al que era causa inocente de aquella matanza. "Venid, venid, venid Salvador del mundo, decían, por mucho que os persigan no tenéis nada que temer; dejad que os vea el soldado a fin de que no mate a nuestros queridos hijos." Y en tanto que los gritos de las mujeres formaban una mezcla confusa, el sacrificio de los pequeñuelos era aceptado por el cielo.

La muerte vergonzosa de Herodes, que murió comido de gusanos, fué el primer castigo impuesto por Dios al asesino de los Inocentes.

LA CULPA DE LOS PADRES

No hay que creer que el tirano de Jerusalén fué el único culpable del horrible atentado cometido en Belén. Es raro que los padres no sean causa, por su parte, de la pérdida corporal o moral de sus hijos. Dios permite con frecuencia la muerte de estas débiles criaturas para castigar los pecados de los que las han dado el ser. Los habi-

tantes de Belén habían cometido un gran pecado. La Virgen, a punto de dar a luz, y San José, su casto esposo, llegaron a llamar a sus puertas. Era de noche y hacía frío en la calle. Ni una sola casa hospitalaria les prestó abrigo, y los dos caminantes se vieron obligados a refugiarse en una gruta que servía de albergue a los animales. Los betlemitas fueron terriblemente castigados por la espada de Herodes que degolló a sus recién nacidos. Pero la muerte de los niños, que era un castigo para los padres, se convirtió en recompensa para las víctimas.

LA GLORIA DE LOS INOCENTES

San Juan mismo en el Apocalipsis, nos describe la gloria con que Jesucristo ha coronado a los santos Inocentes muertos por su causa. "Ví al cordero que estaba de pie en la montaña de Sion, y con él había ciento cuarenta y cuatro mil elegidos que tenían escrito en la frente el nombre del Cordero y el de su Padre. Y oí la voz del cielo, como la voz de un gran trueno. Y la voz que oí era como la voz de muchas arpas tocadas por un coro de músicos. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono los cuatro animales y los ancianos; y nadie podía repetir las palabras de este cántico, excepto los ciento cuarenta y cuatro mil que han sido rescatados de la tierra. Estos son los que han conservado la virginidad, y siguen al Cordero por todas partes".

Es evidente que el número simbólico de ciento cuarenta y cuatro mil no se aplica únicamente a las víctimas de Herodes. Se ha disertado largamente acerca del número de los niños asesinados en Belén y jamás podrá indicarse sino de un modo aproximado. Solo Dios conoce cuántos soldados recibieron de su mano la corona la noche del día en que la crueldad de un rey celoso inundó en sangre inocente a la ciudad de David. Los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos de la visión apocalíptica representa la totalidad de las vírgenes y de los mártires. Estos santos forman en el cielo un grupo especial, al que Jesucristo honra de particular manera. Tienen el privilegio de estar más cerca de él y de seguirle por todas partes, y la razón de esto es que le han imitado en la pureza de cuerpo y han gustado con él la amargura de los dolores.

Los santos Inocentes pertenecen a esta gloriosa falange; pues, no habiendo conocido la corrupción de la tierra, son vírgenes, y además son mártires, porque derramaron su sangre por Jesucristo.

Poco importa que no tuviesen la edad de la razón cuando sucumbieron bajo la espada de sus verdugos. La gracia de Dios obró en favor suyo las maravillas que renueva todos los días en el bautismo de los niños.

Por estas razones era justo que la Iglesia rindiese culto a los bienaventurados Inocentes, convertidos en hermanos de los ángeles y tan amados de Dios. Su fiesta data de tiempos muy remotos y es probable que ya existía en el siglo II pues existe una homilía atribuida a Orígenes, doctor de esta época, en la que se hace expresa mención de ella.

LAS LECCIONES QUE ENCIERRA LA FIESTA DE LOS INOCENTES

Toda solemnidad litúrgica es fecunda en enseñanzas. ¿Qué lecciones debemos sacar de esta? La coronación de los santos Inocentes, que son los primeros elegidos de la nueva alianza, nos muestra el caso que Jesucristo hace de la infancia.

El Salvador ama a los niños y quiso ser niño a su vez; ama a los niños, que son el símbolo de la humildad, de la inocencia y de la dulzura; por eso ordena a sus discípulos que procuren asemejarse a un niño, a fin de ser dignos de entrar en el reino de los cielos. Permanezcamos en la infancia por medio de la práctica de las virtudes de que es modelo esa edad; tratemos de volvernos niños si hemos tenido la desgracia de envejecer en el hábito del mal. Además, amemos a los niños, es decir, a las almas frescas y candidas, como las de los pequeñuelos.

Amemos también a los niños, que son en nuestros días

presa de un tirano más cruel que el famoso Herodes. Este sólo tocó a los cuerpos y dió libertad a las almas, mientras el Herodes moderno, que es la educación sin Dios, más bárbaro que el antiguo, pierde los cuerpos por medio de la corrupción y mata a las almas por medio del veneno de sus malas doctrinas.

No hay más que la Iglesia que sepa amar a los niños, porque ella sola comprende el valor del tesoro encerrado en sus almas inocentes. Ella los invita en este día a regocijarse con sus compañeros de Belén, que tuvieron la dicha de morir mártires. En las catedrales y en todos los sitios donde se une la voz de la infancia a la de los hombres ya formados, para realzar la pompa de los oficios divinos, es costumbre conceder, en el día de hoy, ciertas delicadas distinciones a los jóvenes que consagran a Dios las primicias de su vida.

En el seno de las comunidades religiosas y en ciertos colegios verdaderamente cristianos son aún más notables las distinciones que se conceden a la infancia y a la juventud en la fiesta de los santos Inocentes. En efecto truecáanse los papeles: los poderosos prescinden voluntariamente de sus dignidades y los pequeñuelos son exaltados; los discípulos de la vida se convierten en maestros y los maestros en discípulos. No es más que un juego, si se quiere, pero un juego lleno de enseñanzas: los inferiores aprenden en él el amor y la confianza hacia los que están colocados a su cabeza y los superiores recuerdan que, a los ojos de Dios, la verdadera grandeza consiste en la inocencia y la humildad.

MISCELANEA

Matrimonio.—La virtuosa señorita herediana Chépita Solera contrajo matrimonio con el joven cartaginés don Basilio Bogarín, en la iglesia del Carmen a las 6.30 p. m. del lunes pasado. La ceremonia fué sencilla y modesta. El público recibió la nueva con sorpresa, pues no tenía noticia de esa boda.

Que sean felices los recién casados, son nuestros deseos.

Incendio.—Con motivo de las pérdidas sufridas por los jóvenes comerciantes don Ismael y don Rubén Quesada, y por el caballero don José Manuel Herrera, dueños de la tienda y de la casa reducidas a cenizas en la madrugada del martes 29 de los corrientes, "El Arca" les envía las más sinceras muestras de pesar. Sabemos que por consideración a los señores Quesada, socios importantes del Centro de

Amigos, se ha trasferido para el domingo 17 en vez del domingo 10, la fiesta de inauguración de dicho Centro.

¡AMABLES LECTORES!

Causas imprevistas y ajenas a nuestra voluntad, entre otras, la falta de operarios en esta época en que tiene nuestro taller gran número de trabajos de imprenta, nos obligan a pasar por la pena de sacar—esta vez—solamente dos páginas de "El Arca".

Confiados en la benevolencia de nuestros suscritores, no dudamos que perdonarán esta falta, ya que nos ha sido difícil remediarla por la carencia de operarios idóneos en esta localidad.

En lo sucesivo—Dios mediante—procuraremos que no nos suceda lo de ahora.

Imprenta Cordero Hnos.